

PELIGRO EN PORTUGAL

EDUARDO HARO TECLEN

LA inestabilidad del Sur europeo es clásica. Se han avanzado toda clase de hipótesis sin que ninguna sea, por sí sola, convincente. Por ejemplo, la de la fuerte implantación de la religión católica, como causa del retraso dogmático del progreso, de un cierto culto a la pobreza, portadora de una pasividad asiática, etcétera. Aduce esta tesis como "demostración" que otros países del mundo, lejanos al Sur europeo, pero determinadamente católicos, sufren de las mismas condiciones: Irlanda —en plena "guerra de religión", en el Ulster— o Latinoamérica. Pero todo ello deja sin explicar por qué precisamente se habría arraigado la religión católica en el Sur de Europa —y en los otros países citados— y no en otros del Norte. Existe, por otra parte, la teoría casi racista del "clima" y del "desafío": siendo el clima apacible y cómodo, y la Naturaleza ubérrima, no estimuló en otros tiempos el trabajo, la respuesta al desafío de unas condiciones duras de vida; las "razas" del Sur, ociosas, habrían ido entregándose al ocio y a la procreación... Lo cual no explica por qué el Sur en otros tiempos ha producido civilizaciones y complejidades políticas como la egipcia, el movimiento político de Grecia antigua, el Imperio romano, el Renacimiento italiano o el Imperio español —citando así, de prisa y sin reflexión, algunos ejemplos—. A lo cual proveen algunas ideas más bien mágicas que hablan de la transigración de las civilizaciones, quizá de Sur a Norte, tal vez de Este a Oeste —"por el camino del Sol", se ha dicho—, y en este tránsito habrían ya abandonado el Sur europeo para fijarse en otros sitios. Todo es insatisfactorio, todo es insuficiente; se mezclan causas con efectos, se confunden circunstancias con determinantes, y no se aclara nada. Hay un hecho: las últimas grandes dictaduras de Europa se aferraron al Sur —Portugal, España, Grecia— y fue difícil desalojarlas. Como es difícil, ahora, encontrar acomodo en ellas para la democracia. Incluyendo, en este caso, a Italia.

De todo este grupo, la nación que más riesgos corre en este momento es Portugal. Es, probablemente, la más pobre de todas, quizá la que ha permanecido más aislada a lo largo de la Historia. Ha tenido también su gran época —aceptando, por no complicar, la noción de grandeza con la de imperio y poder sobre otros— y ha sido la última en abandonar el último gran girón de imperio, que la empobrecía más que la nutría. Sin embargo, en los años trans-

curridos desde que acabó la mortífera y costosísima guerra de Angola, y comenzó simultáneamente la busca de la democracia, los gastos imperiales no han revertido sobre la metrópoli de una manera positiva; la pobreza no se ha aliviado, ni aun a pesar de las inyecciones económicas de otros países; y la estabilidad no ha dejado

res líneas de conducta —la de Soares, un socialismo con tendencia a la socialdemocracia del Norte; la de Cunhal, un comunismo clásico sin matizaciones de "euro"—, con miedo a todo.

Y con el clásico miedo del Sur de Europa al golpe de Estado. Al golpe militar, que en Portugal es especialmente posible por el pro-

las Fuerzas Armadas portuguesas como el regreso del Partido Comunista a una situación de fuerza y de mando".

Pero tres días después, el 30 de noviembre, declaraba que aceptaría los votos comunistas a favor de su cuestión de confianza, porque "todos los votos tienen el mismo valor". La cuestión de si los votos comunistas "cuentan" o "no cuentan" fue clásica en la guerra fría, sobre todo en Francia. Diversos Gobiernos decidieron no contabilizar más que los "votos nacionales", arrojando a los diputados comunistas, aun elegidos como lo estaban por el pueblo, al infierno exterior. El último que hizo esta



El Presidente Ramalho Eanes pasa revista a las tropas en la base militar de Tancos, en el segundo aniversario de unos sucesos que marcaron un punto de inflexión importante en la política portuguesa.

de estar continuamente en peligro. Aunque se haya alabado ante el mundo —y es un mérito— que el final del fascismo y la serie de intentos de todas clases surgidos después se hayan producido sin apenas sangre, la realidad es que no ha encontrado Portugal su vía. Ni sus políticos. Entre el entusiasmo desbordante de la fecha revolucionaria y de su inmediato primero de mayo en que la izquierda, civil y militar, aparecía unida por la emoción y por la rotura de la larga dictadura, y estas vísperas de un voto de confianza presentado por Soares que puede terminar con la disolución de la Asamblea, media un largo camino de decepción. La izquierda se ha destrozado, la derecha se rehace. Ahora los socialistas de Soares y los comunistas de Cunhal buscan la manera de hacer frente común sin perder en ningún caso sus dispa-

tagonismo militar en todos los sucesos de los últimos años. Hace pocos días, Soares había descartado la posibilidad de una forma cualquiera de alianza con los comunistas: "Por una parte, porque el comportamiento del PCP en 1975, en Portugal, no fue democrático; por otra, porque una alianza semejante, dada la relación de fuerzas políticas y militares en la sociedad portuguesa, nos haría correr el riesgo de provocar un golpe de Estado". (Declaraciones ante los micrófonos de Europa 1, el 27 de noviembre.) Cierto que poco después rectificó, porque hay cosas que un jefe de Gobierno no puede decir públicamente. Su rectificación no fue tampoco muy tranquilizadora: "Cuando hablaba de golpe de Estado no hacía más que una hipótesis, la hipótesis según la cual una determinada situación podría ser presentada ante

operación fue el radical de izquierdas Pierre Mendes-France. En todos aquellos casos, el gobernante que rechazaba así los votos comunistas lo hacía porque estaba seguro de que con los llamados "nacionales" —en su mayor parte, los de obediencia a Estados Unidos— tenía suficiente. Si a Mario Soares le hubiese pasado lo mismo en esta ocasión, habría rechazado los votos comunistas. Tiene que aferrarse a ellos, aun a riesgo de producir esta "provocación" en la que ahora parece no creer; ahora dice que los elementos militares están suficientemente "jerarquizados y disciplinados" como para seguir las órdenes de quien es al mismo tiempo su jefe supremo y Presidente de la República, Ramalho Eanes. Pero los rumores de que estos militares así jerarquizados podrían convencer a Ramalho de que dimitiera y poner en la



Los participantes de la manifestación ultraderechista del 1 de diciembre en Lisboa, desfilan ante un cartel conmemorativo de la revolución de octubre.



Cunhal no firmará un cheque en blanco.

Presidencia a otra persona se multiplican estos días. Soares esgrime ahora la idea de que hay que poner "una barrera insuperable al progreso de la derecha reaccionaria". Es una lástima que su previsión de político no haya sido lo suficiente como para no prever este progreso mucho tiempo antes. Incluso para fomentarlo. Pero, ¿podía o no podía hacer otra cosa? ¿Necesitaba tanto el dinero y la auencia de los Estados Unidos y las naciones occidentales, representadas sobre todo por Alemania Federal y por los socialdemócratas, que se quedó inmovilizado ante los ataques de la derecha? La realidad es que Soares ha sido siempre anticomunista, y que el PCP, dirigido por el viejo y duro stalinista Cunhal, no ha hecho méritos para ablandar a Soares. Digamos también que quizá no podía hacerlos tampoco. La situación dramática de las clases pobres en Portugal, tanto en el breve sector industrial como en el

amplio sector agrario, no podían seguir la línea de un comunismo de salón. Y Cunhal y sus camaradas estaban y están convencidos de que la situación general del país no puede alterarse sin una revolución y sin una dictadura: o sustituíamos esta palabra por la de una democracia fuerte de signo izquierdista. Soares no ha llegado siquiera a ser Allende, y para el PCP no hubiera bastado tampoco la fórmula allendista que dejaba en el disfrute del poder a los enemigos de clase. Hubo un momento, a partir de abril de 1974, en que esa revolución pareció posible: se quedó sólo con el nombre, y las estructuras sociales apenas variaron. Poco a poco los comités de empresa, las asambleas autogestionarias, los embriones de colectividades campesinas fueron siendo reducidos, silenciados, desalojados. No convenía a Europa y a los Estados Unidos. Y no creía en ello Mario Soares.

Esta alianza táctica con los comunistas puede provocar un cambio de actitud en los partidos de carácter centrista, el Centro Democrático y Social y el Partido Social Demócrata. Pueden intentar devolver a Soares los votos que le regateaban hace unos días, para evitar, como dicen ellos, que los socialistas caigan en manos de los comunistas. Comunistas que, a su vez, según la declaración de Cunhal, no firmarían "un cheque en blanco" a favor del Gobierno, sino que exigirían algo a cambio. No, probablemente, carteras ministeriales —no está en esos términos la alianza táctica—, pero sí algunas medidas políticas y económicas que poder presentar a los sindicatos y al pueblo, y que aparecerían como ventajas conseguidas por los comunistas por esta presión de votos sobre Soares. En el último comunicado del PCP, con fecha 1 de diciembre, no se deja traslucir claramente cuál va a ser la posición del partido en el

momento del voto de confianza. Se trata de mantenerlo en suspenso hasta el mismo momento de depositarlo: primero, para obligar a Soares a que realice mayores concesiones sociales y políticas; segundo, para no comprometerse por adelantado, mientras no se sepa cuál va a ser la actitud definitiva de los partidos de centro y derecha. Podría ocurrir también que Soares optase por negociar con la derecha, aunque los portavoces de ésta lo consideren ya imposible: la Confederación de Industriales Portugueses explica que es "incompatible la coexistencia entre la iniciativa privada y un sistema político que consagra la apropiación por el Estado, a corto o medio plazo, de los medios de producción y la propiedad privada". Sobre estas palabras está la presión de la calle: la manifestación derechista del 1 de diciembre —conmemoración de la batalla de Aljubarrota que determinó hace trescientos treinta y siete años la independencia de Portugal de la corona española— fue especialmente violenta: una bomba estalló en la puerta de la sede del Partido Comunista, y la Policía cargó sobre los contramanifestantes de izquierdas, atacados al mismo tiempo por los forzados de la derecha con cadenas y garrotes. Esta manifestación y la actitud de la Policía puede servir para indicar a Soares lo que podría suceder si ganase la moción de confianza gracias a los votos y a la alianza de los comunistas.

Los debates han comenzado con la semana, y la votación se producirá probablemente antes del domingo. Su resultado es imprevisible, porque las alianzas y las contraalianzas, y los regateos por los votos se siguen realizando con frenesí. Hay observadores que creen que el centro y la derecha van a dejar a Soares solo con los comunistas, con objeto de presentar la situación como de "Frente Popular" y combatirla abiertamente, incluso en la calle, o mediante el siempre posible golpe de Estado. Hay otros que opinan lo contrario: que, faltos de soluciones de recambio, y ante el temor de que una disolución de la Asamblea —puesto que si el Gobierno Soares cayese la Asamblea sería disuelta— y unas elecciones generales tuvieran que ser adelantadas, los diputados de centro darán su voto a Soares; o que en los últimos momentos Soares prefiera pactar con la derecha más moderada. A lo cual podría forzarle el ala derecha de su partido, que no considera oportuna la alianza coyuntural con los comunistas.

Entre las eventualidades a considerar está: el golpe de Estado; un Gobierno socialista apoyado por los comunistas; un pacto de Soares con la derecha; la caída del Gobierno; la disolución de la Asamblea y la convocatoria de las elecciones generales nuevas... Todo es posible: lo que parece más lógico es que el Gobierno Soares se mantenga como pueda. Lo cual no quiere decir que la situación general de Portugal vaya a mejorar. ■



Durante la manifestación del jueves 1, estalló una bomba delante de la misma sede del Partido Comunista.